

Tarde o temprano, todo se resuelve

No te desanimes. Algunos días querrás tirar la toalla y te preguntarás si merece la pena tanto esfuerzo. Se trata de un proceso normal. A veces se hace muy difícil sostener a largo plazo nuestras propuestas y luchar por que salgan adelante. Son personas como tú las que permiten que las cosas sigan avanzando. Como dijo la gran Audre Lorde, «la supervivencia no es una habilidad académica». Habrá momentos

difíciles, y de ellos aprenderemos lo mejor. Tendremos que experimentar el fracaso, la frustración y muchas cosas más para seguir sobreviviendo. Así podremos seguir apoyándonos en el camino.

Si consideras que hay algo en mi perfil que te pueda ayudar con tu idea, no dudes en contactarme por LinkedIn: Fatima Ezzamouri. Gracias por haber leído hasta aquí. Espero que estos consejos puedan inspirarte a la hora de implementar tu idea. Te deseo la mejor de las suertes.

Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio

Amal Khadiri. Associació d'Educadors en Drets Humans (AHEAD)

Liana Maria Ionita. Associació d'Educadors en Drets Humans (AHEAD)

El título de este artículo, que reproduce una cita de Albert Einstein, se refiere a lo difícil que resulta combatir los prejuicios arraigados en nuestra conciencia. Según estos, la mayoría de las historias migratorias que componen el texto empezarían en una patera; sin embargo, la realidad muestra que los coches y las carreteras son mucho más frecuentes. Así, pondremos dos ejemplos: el primero empieza en una carretera del norte de África; el segundo, en Europa del Este. Dos puntos cardinales, dos niñas, dos culturas, dos trayectos diferentes y un mismo destino. Contar estas dos historias supone narrar un viaje y aceptar el desarraigo y la nostalgia, pues, como afirma la escritora Margaryta Yakovenko, «partir es partirse, partir siempre es morir un poco. Para los exiliados, emigrados y peregrinos, la patria siempre será el camino».

Ninguna de nosotras lo escogió: la migración desde los ojos de la infancia

Un día, alguien, decidió tomar una decisión por el «bien» de ellas, en busca de «un futuro mejor» que en sus países de origen, por razones de lotería geográfica e histórica, no gozan. Ambas sufren entonces las consecuencias de unas decisiones que no han tomado, ya que, como si de un truco de magia se tratase, ese futuro mejor, que tan claramente cristalizó a los ojos de sus progenitores, acabaría volviéndose opaco porque, como bien es sabido, la realidad siempre se encuentra plagada de goteras.

Una emprende el viaje debajo de las piernas de su tía en un coche, creyendo que se iba de paseo, por lo que no consideró la idea de despedirse de su padre,

su madre, su hermano ni su abuela, la mujer que la había criado. Por entonces, su abuela estaba muy ilusionada buscándole un colegio donde inscribirla para iniciar su etapa escolar, y acabaría perdiendo la cabeza al saber de su partida.

La otra partió se fue arropada por su padre en un autocar tras haberse despedido de su familia y de su tía, su tutora legal durante ese año, después de que sus padres se marcharan para acondicionar su nueva vida. Ella pensaba únicamente en reencontrarse con su madre, pues a través de los ojos de un niño no existen incógnitas, solo certezas esperanzadoras.

Ambas vivieron la partida como una especie de juego, en el cual tenían una sola convicción: debían permanecer bien escondidas sin hacer ruido alguno, pues ganaba quien pasara más desapercibido. Una lección de vida que deberán seguir aplicando

durante el tiempo suficiente hasta que dejen de considerarlas intrusas. Avanzan control tras control y frontera tras frontera, cuya moneda de intercambio eran unas sonrisas cómplices y unos billetes escondidos entre las páginas de los pasaportes.

Con poco o ningún equipaje, comenzaron a navegar por mares desconocidos. Para su sorpresa, serían capaces de aguantar todas y cada una de las marejadas ciclónicas con las que se cruzarían, pues tenían la fuerza de las niñas. No en vano Nietzsche, a la hora de tejer su teoría de la transmutación de valores, escogió la fortaleza, el coraje y el espíritu indomable del niño para encarnar el *Übermensch* o superhombre.

Asimismo, el hecho de que una niña rumana pudiera cruzar la frontera española gracias a una carta de invitación de una ecuatoriana, y de que una niña norteafricana pudiera hacerlo gracias a la determinación de su tía, ya vislumbraban lo que les aguardaba en el futuro: la piedad de sus hermanos de condición sería la única que recibirían; condición por la cual serían señaladas de por vida, como si de un segundo apellido se tratara: la «migrante», la «extranjera», la «rumana» o la «magrebí» que, con menos suerte, acaba siendo la «mora».

No tuvo que pasar mucho tiempo para que se percataran de la situación en la que se encontraban, pues la realidad les plantó cara enseguida: viviendo con otras familias, escuchando una lengua que no era la suya y teniendo que adaptarse al mundo que se abría ante sus ojos. «Adaptación» era una palabra mágica de significado difuso pero que, en la práctica, suponía acoger la lengua, los gestos, la cultura, la gastronomía, etc., de este mundo nuevo, sin olvidar su condición de inmigrantes.

Al apreciar que no eran iguales que sus compañeros de clase, y al ser cada vez más conscientes de que la forma en la que habían llegado a ese territorio no era «normal», un nuevo sentimiento floreció: la vergüenza, que asomaba cada vez que alguien les preguntaba cómo habían llegado, dónde vivían o a qué se dedicaban sus padres. Lo peor de todo era que dicha emoción precedía a otra, la peor que puede experimentar un niño: el miedo, miedo a que se descubriese la verdad; aquellas verdades que, para su tranquilidad, los «adultos» prefirieron no contar.

Dor / *قوشلا* es una palabra que designa la añoranza de los migrantes hacia todo aquello que dejan atrás en su país de origen (sus seres queridos,

su casa, las situaciones cotidianas...), y acaba convirtiéndose en una dolorosa nostalgia, de la cual no llegan a recuperarse.

Los niños son como esponjas, y ellas no fueron menos. Aprendieron las lenguas que se utilizaban en el territorio donde vivían, además de seguir practicando las maternas en casa. Tal vez esa sea la parte más poética de todas, la voluntad de seguir preservando su lengua, cultura y valores, a pesar de ser simples inmigrantes; esa voluntad encierra el propósito de no olvidar de dónde vienen, y puede que también un intento desesperado por parte de sus familias de prepararlas para regresar a su tierra en un futuro y que no se sientan forasteras.

Lo que no sabían era que se adentraban en una encrucijada, uno de los grandes dramas de la migración: la identidad de ser migrante en España, concretamente en Cataluña, y extranjera en los países de origen. En esa encrucijada se oculta un verdadero abismo, el vacío de ser intrusas, tanto en un sitio como en el otro, sin acabar de echar raíces en ninguno, e intentando encontrar sentimientos de pertenencia en cada grupo, sin saber que nunca podrán encajar del todo en ninguno, pero esa es una realidad que irá cristalizando más adelante.

No lo escogimos, pero ahora decidimos

Una cuestión está clara: la combinación entre la disonancia, que parece ser una condición inherente al individuo, y la afirmación de que todo entramado político nace de la interacción de múltiples variables (individuales, intrasociales, y extrasociales), resulta en una disonancia individual institucionalizada, que se convierte en una esquizofrenia social. Esta esquizofrenia social se expande cual metástasis, y adquiere forma de diábolo o círculo vicioso, donde los vicios y virtudes individuales alimentan a los colectivos y viceversa. Y como es de esperar, la tierra prometida no sería la excepción.

Las que un día fueron dos niñas migrantes, observadoras pasivas de sus destinos, en la adultez toman el relevo activo de sus vidas. Con formación, herramientas y sentido crítico, contemplan y viven en carne propia las consecuencias de dicha esquizofrenia. La sociedad que se compadece de ellas y les abre la puerta de su casa es la misma que las

sepulta bajo las toneladas de prejuicios que supone ser inmigrante, lo cual produce en ellas un estado de intrusión constante.

Libertad, igualdad, fraternidad y solidaridad para todos, pero a costa del vecino

«Los Estados Partes respetarán los derechos enunciados en la presente Convención y asegurarán su aplicación a cada niño sujeto a su jurisdicción, sin distinción alguna, independientemente de la raza, el color, el sexo, el idioma, la religión, la opinión política o de otra índole, el origen nacional, étnico o social, la posición económica, los impedimentos físicos, el nacimiento o cualquier otra condición del niño, de sus padres o de sus representantes legales», dice la Convención Sobre los Derechos del Niño de 1989 en el artículo 2.1.

Europa es la cuna de la democracia y los derechos humanos, el lugar en el cual alguien consideró la igualdad formal entre los individuos y redactó la Declaración Universal del Hombre y el Ciudadano, pero olvidó que la igualdad formal no sería nada sin la material, pues ambas deberían ser dos caras de la misma moneda. Tampoco tuvo en cuenta que la esperanza surgida del Siglo de las Luces comportaría una invitación a los más desamparados a poder acceder a un mundo mejor.

Así, llegan los estados de bienestar, la protección social, la seguridad humana... principios de los cuales se suponen beneficiarios todos los seres humanos por el mero hecho de ser eso, humanos. No obstante, la práctica es completamente distinta. A pesar de la voluntad universalista de la teoría, la realidad dicta que los derechos son circunstanciales; dependen de la etnicidad o la clase social, entre otras variables. Resulta que ser humano no es suficiente.

Los países europeos, así como sus respectivas instituciones y sociedades, se encuentran invertidos, pues mientras se unen al carruaje de la solidaridad liberal, en un orden internacional con tendencias cada vez más cosmopolitas, ratificando diversas convenciones y tratados internacionales relacionados con derechos humanos, reproducen a la vez discursos xenófobos, intolerantes y sumamente reaccionarios con respecto a la migración.

En pocas palabras, se trata de promover el ejemplo en materia humanitaria, pero sin implicarse demasiado en la práctica, donde se pasa la patata caliente a quien ni siquiera puede cultivarla. Un ejemplo es el caso de la Convención internacional sobre la protección de los derechos de todos los trabajadores migratorios y de sus familiares (ACNUDH, 1990), la cual ha recibido el apoyo de toda la comunidad internacional, pero está firmada y ratificada mayoritariamente por países emisores de migración.

No obstante, el ejemplo más flagrante es la Convención sobre los Derechos del Niño (1990), a la cual se apela constantemente, y se resalta su universalidad a la vez que se cuestiona. La Convención, en efecto, excluye a personas de orígenes y condiciones diversas apelando a la relatividad cultural, si no de forma directa, sí indirectamente. Cuando se hace un cambio de paradigma, y ya no son los ojos de dos niñas los que miran, sino los de dos adultas, todo se ve de forma distinta y la realidad, antes plagada de lagunas, ahora es un guion perfecto donde cada interrogante u omisión encuentra su respuesta.

Desde ese punto de vista, es perfectamente comprensible la idea de migrar, pues denota la importancia del movimiento. En un matadero, cada vez que una mano se introduce en una jaula de gallinas, estas se alborotan y se mueven para no ser las próximas víctimas. Las dos niñas estaban enjauladas en sus países de origen, donde reinaban la arbitrariedad y la injusticia y el verdugo era el Estado, aquel que debía garantizar su protección. Ambas debían moverse para sobrevivir.

Por un lado, hay que entender por qué Amal no pudo despedirse de su familia. Cuando aprendió el significado de la palabra «secuestro», comprendió que vino secuestrada, de ahí todo ese silencio de su infancia. También le ha costado mucho tiempo y esfuerzo comprender que existe algo llamado «abuso infantil», del cual ha sido víctima y, sobre todo, se ha cuestionado cómo es posible que nadie de su entorno, ningún asistente social, ningún educador o profesor, ni siquiera un médico, se percatara de los indicios, los moretones en la piel, los arañazos, los mordiscos, todas y cada una de las cicatrices que exhibía casi a diario. Entendió por fin que la protección infantil tiene un rostro, un color de piel, una cultura, un idioma; en definitiva, es exclusiva. Lo entendió cuando estaba en el colegio y vio activarse todo un

protocolo de alerta por posible abuso infantil a una compañera de clase; la diferencia entre ellas era la etnicidad, pues la otra era blanca, de ojos claros y, sobre todo, europea.

A día de hoy, es común ver por las calles a personas que se escandalizan si ven a una madre «de aquí» —sí, porque si eres inmigrante o de padres inmigrantes, nunca serás de aquí, aunque llesves toda tu vida o hayas nacido en el territorio— alzando la voz a su hija/o, pero si ven a una madre magrebí o de cualquier otra etnia abofeteando a su niña/o, miran a otro lado. Es su cultura, dicen, como si existiera una cultura del abuso y otra de la justicia, y dependiendo de cuál sea la de los progenitores, se aplican unos derechos u otros a la infancia.

Liana, por su parte, ha comprendido por qué en todas las fronteras paraban a su padre y lo acibillaban a preguntas cuyas respuestas debían demostrar quién era; ahora sabe que ha nacido en un punto caliente de Europa del Este, donde un gran porcentaje del PIB proviene de la economía sumergida, concretamente de la trata de personas.

Sin embargo, en cualquiera de los dos casos, la autoridad era algo con lo cual se podía lidiar con un par de billetes dentro del pasaporte. Las niñas podrían haber sido víctimas del crimen organizado, y ninguna convención las habría amparado. Del mismo modo, miles de niños cruzan fronteras a diario y muchos de ellos no llegan a contar su historia. A veces, si corren «mejor suerte», como en nuestro caso, estas dinámicas pasan a ser anécdotas, pues vivimos en una sociedad dominada por la exclusión y la intolerancia.

El modelo de sistema institucional no está preparado para digerir la inmigración o, al menos, no la contempla como un derecho, sino como un crimen por el cual hay que iniciar una redención, un periplo que incluye un descenso al inframundo para liberar la carga que supone la maldición de ser inmigrante.

Ya de adultas, han comprendido que no contrataron a sus padres por no tener los papeles en regla, pero debían trabajar para conseguirlos; supieron que esos padres no eran trabajadores asalariados por el mero hecho de ser rumanos, marroquíes o de cualquier comunidad étnica distinta a la de la mayoría; por miedo, desconfianza o fruto de los prejuicios, pues como bien dijo un día el poeta Antonio Machado hablando de la gran mayoría de los individuos:

«Desprecia cuanto ignora». Por eso escribimos estas páginas para *Quaderns de la Mediterrània*, revista que intenta dar a conocer las distintas culturas y mejorar el diálogo entre ellas.

Ya de adultas, esas niñas han comprendido que los inmigrantes están en el punto de mira —por cómo visten, qué marcas utilizan, qué coches conducen—, una fiscalización que ya es no estatal, sino social, pues la sociedad cree que llegan aquí como reyes y viven como tales, de las «ayuditas» que les otorgan por tener el pasaporte de otro color y no por el esfuerzo de las familias, cuyos miembros logran ser contratados, trabajar dignamente, pagar impuestos y gozar del estado de bienestar que han ayudado a construir.

En definitiva, la sociedad de acogida está plagada de prejuicios, que se manifiestan en los medios de comunicación y en la vida cotidiana, atestada de comentarios como «no soy racista, pero...», «los inmigrantes son unos delincuentes, pero tú eres diferente ¿eh?» o «cuidado con los marroquíes, no son lo que parecen», entre otros. Son comentarios que a primera vista no tienen maldad alguna, pero están arraigados en la intolerancia, en un racismo naturalizado por parte de la sociedad de acogida y las instituciones que emergen de ella. Lo realmente importante es averiguar el porqué de esa intolerancia, cuáles son sus orígenes y patrones de propagación, pues está claro que es más difícil cambiar mentalidades que crear leyes.

En cuanto que mujeres inmigrantes de clase obrera y estudiantes de Ciencias Políticas y Relaciones Internacionales en la Universidad Autónoma de Barcelona, hemos llevado a cabo un diagnóstico: se trata de un racismo institucional causado por un paternalismo extremo de la sociedad europeísta. El racismo institucional se extiende a través de todas las prácticas legales y burocráticas que se producen y reproducen en el seno de los organismos estatales, desde los debates parlamentarios hasta su implementación en la vida social. La ineficiencia programada de las instituciones, los trámites burocráticos interminables y los requisitos que se solapan son condiciones *sine qua non* del dédalo administrativo que deben atravesar las personas migrantes.

En cuanto al racismo paternalista, no hay que ir muy lejos para toparnos con él. Tan solo debemos prestar atención a las palabras reproducidas por

los altos rangos de instituciones supranacionales como la UE: «La mayor parte del resto del mundo es una jungla, y la jungla podría invadir el jardín [...]. Un pequeño y hermoso jardín rodeado de altos muros que impiden que la jungla se adentre en él no es una solución [...]. Los jardineros deben ir a la jungla. Los europeos deben comprometerse con el resto del mundo en mayor medida. Si no, el resto del mundo nos acabará invadiendo de otras formas, por otras vías» (Josep Borrell, Alto representante de la UE para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, 2022).

Todo aquel que no sepa quién es este señor pensaría que tiene ante sí un discurso de Oswald Mosley, fundador de la Unión Británica de Fascistas, enaltecendo una misión civilizadora y proclamando el darwinismo social como ciencia. En pocas palabras, si en el seno de la UE surgen este tipo de discursos por parte de personas con formación y trayectoria política, ¿qué podemos esperar de la sociedad?

La escritora Margaryta Yakovenko dice: «He conocido el desarraigo y la nostalgia y he aceptado que no es una etapa, que forma parte de mí. Partir es partirse, partir siempre es morir un poco. Para los exiliados, emigrados y peregrinos, la patria siempre será el camino».¹

Conciliación: de camino hacia la inclusión

La misma sociedad civil que tiene por misión invertir las dinámicas negativas acaba sucumbiendo ante ellas. Afortunadamente, no todo es blanco o negro: existen los grises, matices donde se esconde la esperanza. A lo largo de nuestro viaje —sí, porque pese a llevar aquí toda nuestra vida, seguimos sintiéndonos pasajeras—, hemos tenido el placer de conocer a personas maravillosas que llevan a cabo labores humanitarias con altruismo y que, como diría Émile Durkheim, permiten que germinen tendencias solidaristas y rompen estigmas haciendo gala de una gran capacidad de eferescencia colectiva.

Cabe destacar que las oportunidades que tuvimos, fueran las que fueran, se debieron a figuras de autoridad que sobrepasaron sus competencias con tal de tendernos la mano, por ejemplo, aquellos centros educativos que permitieron nuestra matriculación sin hacer demasiadas preguntas, pues los derechos de la infancia son para todos, y el derecho a la educación no debe ser una excepción. La humanidad de estas personas facilita la adaptación de los recién llegados y hace de contrapeso a las continuas trabas que estos se encuentran por el camino.

De la voluntad de poder establecer diálogos, intercambiar opiniones y deconstruir prejuicios junto a sus compañeros, amigos, y educadores, resultó la participación de ambas en un proyecto destinado a poner sobre una mesa de diálogo la inclusión de los migrantes en la UE, y ahí fue donde confluyeron nuestros caminos.

Sin duda, lo más enriquecedor de aquella experiencia fue que nos conocimos, puesto que nuestra condición de inmigrantes representaba un nexo, una ventana que permite a una ver a través de la otra, descubrir que una persona magrebí y una rumana tienen muchísimas cosas en común en torno a la cultura, la religión, la comida... e incluso cabe destacar el parecido entre ambos idiomas a la hora de expresar ciertas ideas y conocer al otro para poder amarlo.

El miedo y la vergüenza de ser migrante, el haber llegado a un territorio de forma irregular o ser de clase humilde se convierten así en un estandarte de orgullo y admiración. Las niñas que llegaron por carretera sin protección alguna y se toparon con un sistema que ante su sola presencia se mostraba indigesto y las abocaba a la mediocridad, ahora se encuentran cursando una carrera que, casualmente, les abre las puertas para poder infiltrarse en el corazón de un sistema perversamente enfermo y aplicarle, si no una cura, sí una pequeña terapia de choque.

Este artículo está dedicado a todas/os nuestras/os hermanas/os de condición que han escrito historias desde cero, han llegado a una tierra con una mano delante y otra detrás y han reescrito su futuro con frío, a la luz de una vela.

1. Margaryta Yakovenko, *Desencajada*, Barcelona, Caballo de Troya, 2020, p. 122.